

Sin la espada

Concurso de Poesía y Cuento Breve, UNLP 2010

Sin la espada

Concurso de Poesía y Cuento Breve, UNLP 2010

asun
tos
estudian
tiles



segundas
OLIMPIADAS
UNIVERSITARIAS
en el año del bicentenario



Editorial
de la Universidad
de La Plata

Cerutti, María Luisa

Sin la espada : Concurso de Poesía y Cuento Breve, UNLP 2010 . - 1a ed. - La Plata :
Universidad Nacional de La Plata, 2010.

68 p. ; 15x21 cm.

ISBN 978-950-34-0700-4

1. Literatura Argentina. 2. Poesías. 3. Cuentos. I. Título
CDD A860

Sin la espada

Concurso de Poesía y Cuento Breve, UNLP 2010

Coordinación Editorial: Anabel Manasanch

Corrección: María Eugenia López, María Virginia Fuente, Magdalena Sanguinetti y
Marisa Schieda

Diseño y diagramación: Ignacio Bedatou



Editorial de la Universidad de La Plata (Edulp)

47 N° 380 / La Plata B1900AJP / Buenos Aires, Argentina

+54 221 427 3992 / 427 4898

editorial@editorial.unlp.edu.ar

www.editorial.unlp.edu.ar

Edulp integra la Red de Editoriales Universitarias (REUN)

Primera edición, 2010

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

© 2010 - Edulp

Impreso en Argentina



UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

Presidencia

Dr. Fernando Alfredo Tauber

Vicepresidencia Área Institucional

Lic. Raúl Anibal Perdomo

Vicepresidencia Área Académica

Ing. Armando de Giusti

Secretaría General

Lic. Carlos Armando Guerrero

Prosecretaría General

Arq. Marcos Di Giuseppe

Secretaría de Asuntos Académicos

Dra. María Mercedes Medina

Secretaría de Extensión Universitaria

Lic. Marcelo Belinche

Secretaría de Ciencia y Técnica

Dr. Marcelo Fernando Caballé

Secretaría de Relaciones Institucionales

Dr. Edgardo Omar Nosetto

Secretaría de Administración y Finanzas

Cra. Mercedes Beatriz Molteni

Secretaría de Asuntos Jurídicos y Legales

Abg. Julio C. Mazzotta

Secretaría de Planeamiento, Obras y Servicios

Arq. Guillermo Salvador Nizan

Prosecretaría de Asuntos Estudiantiles

Arq. Luisa Cerutti

Índice

Presentación	11
Concurso de Poesía y Cuento Breve	15
Poesías	17
Cuentos	49

Presentación

La palabra en sí constituye esencialmente una herramienta de transformación fundamental para la construcción de consensos, para la comunicación. La palabra escrita es la forma más sublime de expresión de nuestras ideas e ideologías y, si ella está acompañada de la metáfora, nos pone frente a la capacidad creativa como máxima demostración de la posibilidad de cambio. Cambio posible y necesario *sin la espada*, con la pluma y la palabra. Esta publicación está compuesta por trabajos de estudiantes de la Universidad Nacional de La Plata, que participaron y resultaron ganadores del Concurso de Poesía y Cuento Breve, enmarcado en las *Olimpiadas Universitarias 2010, en el año del Bicentenario*. Dicho evento está contemplado en el Programa Identidad e Inclusión Estudiantil, del Plan Estratégico de Gestión UNLP 2010-2014. La Universidad Pública debe promover ámbitos y actividades que faciliten la integración de sus miembros más allá de las prácticas académicas específicas. Esto resulta de particular importancia en el caso de la comunidad estudiantil: en el momento de su ingreso, la Universidad representa para los estudiantes un espacio extraño con dinámicas y actores desconocidos y, por lo general, es un momento decisivo en su formación como adultos y ciudadanos responsables.

Las *Olimpiadas Universitarias 2010* constituyen una de las actividades que, a través del mencionado Programa, intentan proveer oportunidades de socialización que faciliten a los estudiantes la posibilidad de apropiarse de la vida universitaria, procurando una integración plena con el entorno y el desarrollo de una identidad común.

En el marco del Bicentenario de la Revolución de Mayo, resulta necesaria la puesta en práctica de este tipo de eventos porque, junto a la formación académica, intentan hacer de los estudiantes universitarios ciudadanos plenos, críticos y comprometidos con su realidad, capaces de reflexionar, proyectar y accionar sobre el bienestar de un país y de una nación. Ese bienestar no sería tal si no estuviera directamente relacionado con la búsqueda permanente de la igualdad de oportunidades para todo el pueblo argentino.

Prosecretaría de Asuntos Estudiantiles
Universidad Nacional de La Plata

Concurso de Poesía y Cuento Breve

Convocado por el Área de Asuntos Estudiantiles de la Universidad Nacional de La Plata y por el Departamento de Letras de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, en el marco de las *Olimpiadas Universitarias 2010*, se llevó a cabo el concurso literario en los géneros Poesía y Cuento Breve. El Jurado estuvo integrado por profesores de la carrera de Letras, de gran trayectoria en la Facultad y en su rol de críticos literarios e intelectuales, los profesores Miriam Chiani, Mario Goloboff y José Luis De Diego.

La convocatoria fue abierta para estudiantes provenientes de todas las carreras de la UNLP, tal como se consignó en las bases del mismo. Participaron 38 trabajos en la categoría Cuento Breve y 27 en la categoría Poesía.

Un Comité de Preselección dependiente del Departamento de Letras, según criterios previamente acordados con el Jurado, ponderó entre los mejores trabajos presentados 10 cuentos y 10 conjuntos de entre tres y hasta cinco poesías. Los criterios tenidos en cuenta en ambas categorías se sustentaron sobre los siguientes aspectos:

- Originalidad, tanto temática como formal.
- Buena resolución de instancias formales de escritura en ambas categorías (cuento, poesía).
 - Desarrollo de técnicas y procedimientos narrativos logrados.
 - Desarrollo de técnicas y procedimientos líricos logrados.
 - Desarrollo y resolución de la trama narrativa, impresión de lo narrado sobre el lector. Desenlaces logrados. Coherencia narrativa, originalidad de los puntos de vista y perspectivas del narrador.
 - Desarrollo y resolución de la voz lírica, lenguaje de imágenes, metáforas, aspectos sonoros de los poemas.

Atendiendo a los criterios señalados el Jurado estableció el siguiente orden de mérito (se mencionan títulos de los textos y seudónimos de los participantes):

Categoría Poesía

Poemas premiados

Primer lugar: "Sopla copla", Puella Bidet.

Segundo lugar: "Vuelta abajo", Juan Salvo.

Tercer lugar: "Esencia y otros poemas", Felipe Gab.

Menciones

Primera mención: "Por si acaso", Madame Croche.

Segunda mención: "Palabras en frasquitos", Polifemo.

Tercera mención: "Lo que sucede en la noche", Abrelatas.

Categoría Cuento Breve

Cuentos premiados

Primer lugar: "Pérdida Día 16", Cher Nobyl.

Segundo lugar: "Ada Pardillo", Julia Fasoli Bolfo.

Tercer lugar: "La vuelta de Galindo", Felipe Gab.

Menciones

Primera mención: "El encuentro", Vita Somnium.

Segunda mención: "Libre", Physalus.

Tercera mención: "El límite", Felipe Gab.

La Plata, 4 de octubre de 2010

Carolina Sancholuz

Directora del Departamento de Letras

Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, UNLP

Poesías

Primer Premio

Ana Rocío Jouli

Soplacopa

Quiero que me soples los ojos
como si acercaras hasta mí
barquitos de sueño que flotan
en una fuente, como si silbaras
la larga canción de estar vivos.
Quiero que me soples el sol
de los ojos y arrimes tierrita
fría a mis manos que acunan
la música de los cansancios.

Quiero que me soples las hojas
como si las letras tuvieran
pestañas tristes de mujercita
maquillada y blanca de miedo.
Que me soples algún destino
cuando no confíe en la canción
de mis manos sobre las teclas.
Quiero que me soples los ojos
con la espumita de los mares
donde los tristes se peinan las
barbas con música de olas.

Quiero que me soples la frente
y las rodillas cuando me caiga
enredada en las larguísimas
pestañas de los poemas míos.
Quiero que me soples la sal
y seamos marineros limpiando
la popa de los barquitos de
sueño y cantemos a los gritos
estirándole la barba al capitán.

El canto de los sapos

Soy la duermevela de la autopista.
Los sapos llamaron toda la noche:
la ruta no es el viaje, niña, muévete
para que los vivos no te conjuren,
¿o buscas quien te haga quedarte?

—me gusta la vista
—mentira, no aprendiste a ver sin
las rotas palabras
—mi boca se hartó de la comunión
solitaria del habla
—eso no te da derecho a silenciar
a los que te llaman
—me gusta el frío del confesionario

Soy la duermevela de un cielo rojo;
el asfalto se hizo grito, relámpago
de voces que tiran de mi boca,
sirenas sobre mi cuerpo abandonado
por las palabras. En la autopista
los sapos revientan como peces
enamorados del aire. ¿Quién osa
molestar el sueño de la silenciosa?

Famosos silencios

No crearé nada genial y, sin embargo, seguiré tarareando en esta piedra rota, esperando que salga de ella un hueso, un ojo, una mariposa que jamás fue la detestable oruga al borde del papel que no decía nada, que no se volvía leche para las cabritas que deliraban de hambre e ignorancia de su hambre bajo el árbol informe de la creación.

Sí, eso es, tengo que ser la mariposa de fuego, si nadie me prende una del pelo, si no puedo incendiar el árbol o cascarlo con la piedra hasta la savia, si la hermética desesperación no deja trascender esta desgracia de oruga y sacar algo de mi insignificancia, dar algo más perdurable que mi fracaso.

No crearé nada genial y, sin embargo, no arrastraré esta forma inacabada por la hoja en blanco, dejando a otras orugas subir a mi lengua para cantar en mí su transformación y su gloria. No seré demasiado, pero no seré un silencio o lo que quede de un cráneo famoso echando flores por los cuencos vacíos de los ojos, sepultado donde las nuevas palabras no puedan partirlo.

Segundo Premio

Santiago Matías Salgado

Trópicos

En la selva, negra, densa, húmeda, dando vueltas los insectos
que repiten entre en rocío de las hojas, su danza, imperturbable.

Más abajo, el humus, que retorna cada vez más fuerte
negro humus del que surge la vida, cada vez,
que reaviva la verde savia que recorre árboles, fibras largas, venas,
que conectan ésta, la selva, negra, densa, húmeda, las selvas entre sí.

Entre capas, que dividen, espesores de tierra, sin saberlo, naturalmente,
la tierra que tapa huesos e insectos, a su vez plantas que tapan la tierra,
que engullen todo y se alojan en el vientre de ésta, la selva,
negra, densa, húmeda, inabarcable, indefinida,
como una mezcla de lugares entre la sabana y la llanura, indefinible.

En el medio, ellos, que ven en esta selva, como un pulmón asfixiante,
a sus bronquios, como sus alvéolos, dilatarse, contraerse,
ven, como animales, rayos de luz, arriba, que se filtran y se cuelan,
renovando, jugando entre cazadores y cazados, entre vencedores y vencidos,
entre vencedores vencidos.

Que repiten el ritual pasando entre cadáveres, que alimentan, ésta, la selva,
que se extiende, negra, densa, húmeda,
con sus fibras, venas orgánicas, vivientes, en perpetua homeostasis,
en equilibrio, móvil, ajeno, involuntario, que crece,
hacia su definición, como cabe, una vez más, en límites móviles,
que se acerca, a su definición, constitución única tal vez.

Entre las palabras que la extinguen y queman, que la borran,
se aparece ésta, la selva, negra, densa, húmeda.

Entre lo que la borra entra esto, existe lo negro, lo denso, lo húmedo.
Tropical.

Haití

Haití, sube la fiebre con que se recuesta el día
la bruma no me deja ver ese charco anclado al suelo
niños que lloran y sus madres consolándolos
caminos de tierra entre las aldeas
gente en las puertas de las chozas
insectos que suben por los pies de mi cama
como la fiebre, que me hace volver una y otra vez, ir y venir.

Haití, densa realidad que opera con la fiebre
quiero ver el charco, anclado a esta tierra
quiero ver su reflejo, a Haití, pero la bruma no me deja
no veo gente en Paso del Rey, ni siquiera cerca
claro está, Paso del Rey solo en mi mente
Haití, llena de botellas vacías y bares sin fondo
tambores que suenan a lo lejos
que persiguen ciclos eternos
sola chance de querer regresar y no poder.

De nuevo chicos al lado de mi cama
que ven mis ojos rojos y vidriosos
vómito condensado y verde sobre las sábanas
moscas que sobrevuelan el marco de las ventanas
Zzzzzzz, zzzzzaac, golpeando los vidrios sucios y secos
los tambores suenan más cerca.

Haití me dice: hay lugares que no se deben pisar
lenta fiebre que recoge la conciencia
que la deposita en el fuego rítmico de los tambores y la deja ahí

Haití, ya no hay fiebre que valga
sin querer me dices: pasamos entre los muertos si miramos en torno nuestro.
Haití, ya subo, por sobre los niños, por sobre los árboles, por sobre mí
Haití, ya no existe fuera o adentro, ni un punto en esta isla
quiero regresar, dame la fiebre
dame la conciencia que rebota en los cueros de los tambores
quiero ver ese charco en el suelo que me refleja a mí en ti
pero no puedo la bruma no me deja
Haití, sola chance de poder regresar siquiera.

El muro

Como si me preguntaran, rememoro el muro, no este, sino el otro, intangible
que se alza con fragmentos inconexos de horas desiertas y lugares perdidos
borrados, distorsionados por el tiempo de cada memoria
interponiendo entre nosotros una red jeroglífica que al formarse nos atrapa
y condena a la vez, por estar insertos en ella, de una vez y para siempre.

Es porque considero de mi aprecio verme a mí mismo desde fuera
entre y con los otros, me sirve para tener una visión más fidedigna de mi persona
y con ello trato de conformar un texto a través del cual pueda leerme
ya sin los contornos borrosos, difusos, serpenteantes como víboras
al escurrirse en su nido, de ellas, mis letras
que se han tornado de un tiempo a este, ilegibles.

En esa vaga forma, o esbozo de pensamiento, cruzo y dejo el último trecho de asfalto
que conforma a lo largo de un par de kilómetros el muro de carne y hueso
impregnado del típico olor a lo real
gracias a la noche que cae y le devuelve las múltiples dimensiones que lo alejan
como dice un amigo, de su materialidad y lo disgregan cada vez un poco más
cuando es atravesado por otros.

En la penumbra puedo ver pocos lugares
solo los iluminados por la débil luz de lámparas muy separadas entre sí
sigo caminando y de este lado del camino veo solo hileras de árboles
Más allá, balsas y la costa
y en esta trama infinita del mundo, me sumerjo.

Tercer premio

Ariadna Belén Pérez Ramírez

Esencia

Se tiende en el césped
y ve pasar los pájaros
sobre su cabeza. Descubre
objetos y formas en nubes
indecisas, se divierte
narrando historias de perros
dinosaurios, corazones hechos
de nubes, siempre
más allá de sus formas
es el mismo relato
que suave acompaña
al azar del viento
y al ojo del que mira y lee.

Crea un atlas de palabras
ciudades enteras, geografías:

el mapa del universo

lo inventa en el aire o en sus manos
después lo borra con movimientos
indecisos: chasquidos, parpadeos

le suenan los dedos cuando los mueve
piensa en voz alta, recuerda y ríe
y el universo entero, el del aire
el de sus manos, vuelve a nacer

ante sus ojos. Lloro de emoción
(eso piensa) y desaparece en el viento
como bolsas de plástico
panaderos del aire
y poetas de papel.

Semáforo

Una tarde, el balcón deja
de ser el lugar inútil
donde se replantea la vida
y conjetura suicidios poco originales

entonces, se asoma y ve sus pasos
su vida en los malabares del pibe
que hace marear a las pelotitas
y a ella, que pasa la gorra
y después vuelve
a empezar, así de fácil

una y otra vez

la pelota roja sube
y baja alternándose
con la azul y la verde; sube
tan alto que ella
cree que podrá alcanzarla

se convence de que no es difícil
pero si ella se cae?
como la pelota roja
así vuelve a empezar
el semáforo

Las palabras se hacen carne
en mí: soy un diccionario
en las manos, me queda
el resto de algo
que algún día
habrá sido mi cuerpo

hoy encuentro blancos
para callar

se escribe, es fácil
y después se borra
entonces, si estoy
tirada en el césped
el aire será suficiente
para que salgan de mí
palabras que luego
desaparecerán
con solo deseirlo:
cierro los ojos e imagino
que no están

y mañana el cielo
poblado de palabras

Primera mención

Amneris Antonella Martínez

Por si acaso

Para atraer al ser amado
Hay que poner el corazón en un cuenco
Echarle tierra encima
Sazonar con lágrimas y besos
Pasarlo todo por un tamiz de tiempo
Dejar reposar unos minutos
Sobre la palma de las manos
Amasar luego con fuerza
Sin permitir que se desintegre
Una vez que se obtiene una masa homogénea
Meter en el horno del pecho
Y servir antes que se enfríe.

También podemos morirnos

Si se nos acaba la risa
Los jardines, las sensaciones viscerales
Las contravenciones de los coches
La mirada enrojecida
Si se me sube el aire a la cabeza
Y no veo más con las manos
Si se acaban de caer las manzanas
Del árbol de las dudas
Y ya no hay un quizás ni un ojalá
Si nos metemos tiosos en la cama
No hablamos con la lengua
No sentimos el olor de las heridas
Si se secan las flores en verano

Y el sol se hace ceniza
Si nos vaciamos de palabras
Para quedarnos sin motivos
Sin misión ni visiones de pasado
Si en el fondo de la caja ya no quedamos
Ni hay remedios caseros contra el hastío
Si nos podamos los brotes
Si no enfermamos nunca de celos
Tendrán que aceptar
Nosotros también podemos morirnos.

Danza

Cae el pétalo sobre el asfalto
La miel sobre la hiel
Las gotas sobre los autos
Es entonces que empiezo
A caminar en ángulos obtusos
A dibujar la calle
Con los pies desnudos
Unas manos crudas
Acude a mí el baile
O un aliento divino
Me sobrecogen las vidrieras
Todo igual y repetido
Invita a romper
La monotonía del paso
Y a pedirle a los miembros
Que se salgan de sus cuencos
Del trazo que les marca
La cordura cotidiana
Los brazos ajenos
Las piernas tan tiesas
Viene a la cabeza
Una música ancestral

El ritmo interno
De las cosas disconformes
De los seres discontinuos
De los lunes difamados
Y el cuerpo lo aprieta
Tan fuerte que revienta
Y es movimiento y es arte
De buscarse la vida
Con los pies lejos del suelo
Agarrados al suelo
Apuntando hacia el cielo
Pegados a las manos
Recogidos en pedazos
Con los pies
Hechos poema.

Segunda mención

Fernando Rubén Manzini

Palabras en frasquitos

(poesía escrita a escondidas desde un laboratorio de ciencia)

Fascos de laboratorio

La ciencia ofrece más refugios de los que pueden ver los estudiantes universitarios

Helen Sargent

Acá en el laboratorio,
todo todo está enfrascado...
Fascos rojos, verdes, violetas,
guardan las flores, las calles.
Fascos grandes, rosados y celestes,
cierran las lenguas, los sexos.
Fascos negros, peligrosos e inconstantes,
cercan los lances, las muertes.

Acá en el laboratorio,
todo todo está enfrascado...

Si hasta nuestro cuerpo, embutido en su guardapolvo, asume la forma a
veces
de un frasco pálido, silencioso.
Si hasta nuestro pecho, congelado y moribundo, esconde adentro otro
frasco.

De sangre.

Algo ocultamente impuro

Hay algo ocultamente impuro en el correcto ambiente del laboratorio limpio.

Algo así como una asepsia de madama, o de empresario.

Algo así como una prolijidad de tumba,
de inodoro brillante,

o de carnicería.

Nosotros

Pero nosotros nos sentíamos orgullosos
de portar siempre el guardapolvo sucio,
de tener las manos siempre manchadas,
de usar anteojos y de oler a rata,
de ser flacos como palos
y sin embargo subir y bajar los bidones de ácido por escaleras altas.

Nos sentíamos orgullosos
de no tener nunca un amigo,
de esquivarle siempre a la alegría fácil,
de creernos siempre por encima de los otros porque los otros no entendían
qué cosa es la impregnación argéntica,
o la corteza entorrinal proyectando al subículum,
o la técnica de marcado anterógrado en el aparato estereotáxico para uso de
roedores.

Nos sentíamos orgullosos, en definitiva,
de ser gusanitos pálidos de pálidas ideas,
con pálidos espíritus y de pálidos cuerpos con las venas pálidas.

Cosas alejadas de los hombres.

Hombres alejados de las cosas.

Corderitos que mutaron en lobitos.

O lobitos disfrazados de plantitas.

Casi humanos.

Casi animales.
Casi minerales y sobre todo vegetales.
Cosas indefinidas; seres ambiguos.

Cientistas.

Inmolación de los pájaros **(posfacio poético)**

Y los adoraron. Tanto más cuanto menos los entendieron.

Sábado

¿Cómo narrar la historia
del ángel que se busca y que se cae?
¿Cómo contar la historia
del ángel que se encuentra y que no es ángel?

Pájaros de fuego rojo, pájaros de sangre;
pájaros que brillábamos de sol y de encanto:
¿Cómo hicimos para convertirnos
en este ejército de jeringas viejas?
¿Cómo hicimos para transformarnos
en estos dedos secos, en estas momias lentas
de lentos ojos flacos?

Buscábamos Castillos Blancos.
Palabra de Hombres Altos inauguró en nosotros
una chispa de huesos,
apetito en las manos.

¿Cómo íbamos a saber
que su doctrina de numen no era hecha de estrellas?
¿Cómo íbamos a pensar
que el fulgor en su lengua era un brillo afectado?

Caretas de alumbrar / Guanos de perro

Buscábamos Castillos Blancos y la muerte encontramos,
el silencio enclaustrado.

¡Cómo costó mirar
al Gran Castillo Blanco como lápida de mármol!

(La fría sombra negra de los Negros Hombres Altos
congeló en nuestros días un sarcófago de hartazgo.)

Ahí el Castillo Blanco:

¡Nuestra tumba!

Y los pájaros de sangre devinimos
pájaros helados.

(Glaciares de espanto).

¡El ángel se ha caído!

Muere el pájaro inmolado.

Tercera mención

Josefina Garzillo

1-

Lo que sucede en la noche

Habrá un alarido en la noche,
un grito más perdido en medio de una ciudad dormida,
sincronizando tal vez con un motor que enciende,
un orgasmo a oscuras,
una tv frenética de zapping,
un sonámbulo que no para de llorar lo que de día no recuerda,
una mujer pariendo en la cocina,
una fiebre repentina,
un llamado,
un muerto de alcohol matando su noche en una puerta ajena

ciudad, cuadrado contenedor de sueños insomnes
combustible, el viento, marihuana,
una muerte súbita en medio del sueño,
unas copas muriendo de risa, un disparo sordo

Como sucede con todo frasco,
el cuerpo es incertidumbre,
motor de toda auto desconfianza.
(el vidrio es muy resistente... hasta que se resbala de unas manos)
 c mo no habría de suceder todo esto en la noche
con tanto frasco hostil,
esterilizado
antioxidado, lleno de calcio
entre tanta ausencia de la ciencia que nos ratifique un dios,
entre tanto narcótico ilegal
entre tanto cuerpo dormido o despierto pero siempre aterrado?
Se buscan respuestas en un alarido,
en las tarjetas de plástico, la TV, y un asfixiado acelerador,

en la calefacción central de un dos ambientes sin hipoteca,
en el decorado del propio frasco,
un disparo, un hijo, un orgasmo.
se buscan respuestas a falta de certificadores del clero
alivia el caos, taciturna, la respuesta
ella, nuestro supremo narcótico

respuesta:
narcótico,
dios:
narcótico.

2-

“El maldito y codiciado bien de la Era”

El mercado nos ofrece prácticos electrodomésticos, para que las tareas del hogar nos cuesten menos, comida precocida para que no perdamos tiempo en preparar nuestros alimentos, autos para llegar rápido a destino, Internet para simplificar la labor de buscar información, Televisión interactiva para no tener que salir de nuestras casas a buscar “diversión” y celulares, para comunicarnos sin vernos.

¿Qué están logrando?

Ahorrarnos parte de nuestro valioso tiempo

¿Para quién es valioso?

Para quienes le conviene que lo sea

¿A quiénes les conviene?

A aquellos que tienen los medios para explotar nuestras capacidades y traducirlas en dinero.

¿Qué nos ofrecen?

Ahorro de tiempo

¿Con qué fin?

Para que seamos más productivos en sus empresas, en sus fábricas, en sus campos, en sus mercados y talleres, y depositemos ese tiempo ahorrado con recelo en sus bolsillos.

Entonces,
tenemos microondas para comer más rápido, celulares para comunicarnos más rápido,
televisión para distraernos y aburrirnos más rápido, autos para llegar más rápido,
complejos vitamínicos para reponernos más rápido, Internet para hallar más rápido.
¡Ya! De inmediato. Un segundo, pasa, está pasando en este momento, y finalmente
pasó, se fue, ahora es pasado.

No comemos, tragamos.
No miramos, hacemos zapping.
No nos encontramos, nuestros mensajes se cruzan por los satélites y los cables.

El tiempo, el tiempo, ese bendito tiempo que nos chupan y nos dejamos chupar.

Ahora bien,
¿qué nos venderán cuando ya no existan medios para ahorrarnos tiempo?

...

...

...

¡Eureka!

Tiempo es lo que nos venderán.
Tiempo en porciones, en frascos,
En litros, en grados,
Por metro y para los poco pudientes de a centímetros.

Nos venderán tiempo, eso es lo que harán.

Habrá *Time's shops*

Gente sin ocupación, fuera del sistema –de estos habrá siempre, ya que aunque no parezca son
funcionales. El pobre le sirve al rico, para poder diferenciarse y al mismo tiempo identificarse–
se nos ofrecerá en las vidrieras de las tiendas para cumplir con las tareas que nos sobrepasen en
días de trabajo extenuante.

Siempre existe el perverso que ponga en práctica lo que en noches de delirio se le ocurre
a algún otro.

De esta manera el mercado no tendrá por qué sacar de circulación los televisores,
los celulares, los microondas, los autos ni las computadoras; ya que al tiempo
que obligue a los que están dentro del sistema a empeñar todo su tiempo en

beneficios para terceros, existirán los otros que se regalen por monedas en las vidrieras de los Time's shops.

3-

Te corto el hilo conector a la vida prenatal
te arrojo a este escenario,
para que a la fuerza te vuelvas bípedo,
y camines sobre las tablas para el público viejo.

¡Sé agradecido!; en este recinto encontrarás Un arriba, un abajo,
otros seres sin cordón y miles de destetados que te convidarán su miseria.
Divisiones y husos horarios por tablas astronómicas y el trópico de capricornio,
Todo pensado, todo cerradito. Acá cosecharás y en el mercado podrás obtener la
deformación de tu producto a un precio razonable.

Por esta boca, y tu excelente aparato fonador, echarás humo
y gemidos regidos por la gramaticalidad.
¿Qué más?, ¿qué más quieres hijo mío?

Estarás protegido por mi credo, en las tierras de mi socio encontrarás drogas para calmar
la ansiedad por no conocerme jamás.

Disculparás mi delay, soy tu Dios
filtrado en las manos de la ciencia que te traerán una
y otra vez a esta vida,
Cortándote el cordón troncal, para luego dejarte desnudo,
censurar tu sexo con mil texturas, que harán furor en las tiendas

y tú, querido hijo,
verás como simpáticos trajes
a mi opresiva acción civilizatoria.
Y así andarás, tan bueno,
tan beneficiosamente adoctrinado,
Consiguiendo un empleo, gastando 1/4 de él en los trajes de mis tiendas.
Mi socio tiene una parte en blanco,
de ella podrás servirte más fácilmente
para soportar la tensión.
Y ¡agradece esto también! Te sentirás hermanado por el humo
que salga de vos, tan siamés del que arroja tu compañero,

bordeando los surcos por los que no suelo andar.

Si hay algo que rige mi accionar es la ética y el respeto, mientras mi socio arrase y me provea de la ración, yo le perdonaré sus *tropiezos espirituales* y seguiré siendo: Dios Todo Omnipotente, Todo Poderoso, desde la séptima nube en donde me dedico a recolectar cordones de vida y prepararme para los partos futuros.

(sobre) el origen de la vida y asociaciones (non)sacrosantas

4-

Uno “es” en contraste con el otro

–de lo contrario no existirían tales marcadores–

I

Me siento frente al espejo
Y veo
a veces, cuando quiero
mi cara es redonda
mis ojos más oscuros
Cara a cara,
conmigo,
con el espejo
manipulo mi rostro
y observo...

II

Elevo mis pómulos casi hasta la sien
y soy la asiática a la que le compré un Gitanes en el supermercado
Los arrastro hacia abajo
y entonces me transformo
en la mujer que salvó a Luna
de que la mataran de un tiro,
en su profunda, Siamesa inconsciencia

III

(Ver decenas de caras desconocidas en el día puede ser –hasta– nocivo)

Dentro mío están ellas
Las cien mujeres que ocupo
Y lo hacen en mí

IV

Llevo hacia atrás la piel de mi sien
y me encuentro con la tatara tatara tatara
nieta de cleopatra
Levanto la piel de aquel mismo lugar
lo más que pueda
y hallo la mirada más felina que pude haber visto
Dentro mío están ellas y yo en sus entrañas

Todas la misma
una sola
Lo demás es falacia inventada por los nombres propios
y un par de situaciones particulares

Yo soy ellas explotada en una parte
y a su vez condicionada
por la coyuntura que nos parió

V

¡Mujer,
en tu vida, vuelo
es casita calentita para otra
Todo está en vos, en todas
eternamente única y sola!
Despierta una en particular,
según el costado que se roce

Ella sueña hijos de azul y corbatas
La mantenida sin sueño, con dolor
que sin saberlo es el parto
provocado por los niños de azul

Mamá arroja arroces para su nuera
pero experimentó el frenesí,
cuando con 20 años
una mujer de 50 festejaba el casamiento
de su primer hija.

VI

–Diferencia

Eslogan de pura hipocresía

UNO ES EN CONTRASTE CON EL OTRO, y viceversa

Uno decide ser uno porque el otro ya es otro

Y nos impusieron

Esa maldita falacia “de ser uno mismo”

Obligándonos a comulgar con la diferenciación

Lo sabemos,

No vale tiempo el planteo

Pero es humana quien escribe.

5-

Vieja parábola de camas en iglúes

I

No queda amor
Después de hacer el amor
Una piel tan firme, tan rígida
Y la otra, tan fría

II

Demasiada carnalidad
Para una cama de una sola plaza

III

La seducción cae en desuso
La boca
Y las uñas ya cansadas
arañan espacio en el colchón

IV

Brutal conexión
Para tan poco,
posterior reparo en el cuerpo del otro
que yace jadeante
junto al otro aún más agitado.
Demasiada elevación para tan corto vuelo.

V

Los cuerpos ya no son cuerpos,
se vuelven cartones corrugados
que se frotan, y al hacerlo sienten escalofríos,
fruto de la posterior repulsión o el miedo...

VI

Demasiada elevación para tan corto vuelo,
piensa uno de los cuerpos
mientras lucha tibiamente contra el otro
por un pedazo más de frazada.

VII

Luego esos cartones
firman diplomáticas paces corrugadas
y se alejan
a descansar u olvidar
de aquel encuentro efímero;
que terminará en el cajón de los objetos conocidos y usados.

VIII

Demasiada elevación para tanto miedo a las alturas,
piensan ambos tendidos sobre las sábanas tibias
Y así respiran, tan extrañados uno del otro
tan asfixiados de la otra húmeda piel
que representa a la vez su enemigo y quizá,
su kibbut

Cuentos

Primer premio

Ana García Orsi

Pérdida. Día 16

Estiró el cuello hacia adelante para alcanzar con la vista las piernas desnudas. Ya casi estaba seca. Como todavía le quedaban algunas gotas resbalándole por las pantorrillas usó la toalla celeste que se había enroscado en la cabeza. La palpó un poco. No estaba tan húmeda.

Sobre el borde de la bañera apoyó la punta de un pie. Se ajustó el toallón verde manzana que le envolvía el torso con un nudito a la altura de las axilas. La tela celeste subió desde el tobillo hasta la mitad del muslo barriando las gotas. Después la otra pierna.

Al bajar el pie un resbalón la hizo tambalearse. Le costó recobrar el equilibrio para no irse al suelo. Tenía que acomodar la barra de la cortina: reducir al mínimo la distancia entre la tela plástica y la pequeña pared de la bañera. De otro modo el agua de la ducha se filtraba dejando el piso empapado.

En puntitas colgó la toalla. Cuando volvía sobre sus talones para desempañar el espejo y empezar a peinarse vio la mancha. Una bolita roja de la medida de una uña, morada en los bordes y de un granate más espeso en el centro, que contrastaba con el blanco de los azulejos del piso. Sobresalía levemente de un charco de agua formado junto a la rejilla. De lejos esa diminuta isla bordeaux podía pasar por una mora.

Se puso en cuclillas para verla con claridad. Un coágulo de sangre que seguramente le había caído de entre las piernas mientras se secaba los tobillos. Respiró hondo mirando a su alrededor. No es algo bueno perder sangre. Para colmo, tenía la certeza de no hallarse siquiera cerca del período. Atrás del bidet había un objeto. Se paró y apoyó una mejilla contra la pared sudorosa. Entre los caños que se metían en los azulejos llegó a distinguir el cabito blanco y los pelos grises de una pluma. Tal vez había viajado desde la calle pegada a la suela del zapato de uno de sus padres. El cálamo terminaba en una punta afilada como una aguja de tejer que la tentó a rodear el bidet con un medio abrazo y agarrarla.

En un reflejo se la llevó a la cara haciendo correr las tersas barbas de la pluma por la piel de su cuello. Había encontrado el instrumento con el que examinaría el bultito rojo. Casi desatando del todo el nudo dejó que la toalla se aflojara. Cortó un tramo de papel higiénico y constató que no perdía sangre.

Algo de agua le humedeció los glúteos ni bien tomó asiento sobre el piso con las piernas cruzadas frente a la mancha. Acercó la pluma al objeto; encorbaba los hombros. Aun cuando los músculos se resistieran mediante unos tirones calurosos que arrancaban desde la nuca, con esa posición ganaba una imagen más nítida del coágulo. Hundió el cálamo unos milímetros. La viscosidad de la bolita parecía soportar esa penetración sin atascos –una cuchara en gelatina–.

Bruscamente el movimiento se interrumpió. La chica desenterró la pluma de la pelotita, acaso había puesto punto final a la operación. Con un esfuerzo extra de la espalda y otro tanto de la nuca, acortó la distancia que la separaba de su objeto de examen hasta donde se lo permitieron los tirones cada vez más intensos.

El brillo translúcido del coágulo se había biselado; parecía un rubí. Por encima se desprendía una capa superficial que en uno de los bordes se elevaba formando una especie de lengüeta.

Notó que la punta del cálamo estaba teñida de una ínfima mancha roja más chiquita que la cabeza de un alfiler. Después de colocar la punta por debajo de la solapa consiguió que la lámina se despegara. Con suavidad fue corriendo la cobertura, era como pasar la página de un libro muy frágil. Al fin la capa quedó a un costado, fuera del charquito que rodeaba al coágulo. Por dentro la pelota mostraba una coloración más clara: rosada y lustrosa, como untada con lubricante.

Era mejor cambiar de posición. Soltó la pluma y se recostó boca abajo para examinar el objeto más de cerca. El agua del piso atravesaba la toalla llevando frío al vientre. Los brazos cruzados bajo el pecho le proporcionaban el apoyo que le permitía sostener el torso en alto de modo de arrimar los ojos al bulto.

Vio la cabeza, los bracitos, las dos piernas. Un feto del tamaño de un botón. Casi seguro un efecto secundario de olvidar a veces los anticonceptivos. Todavía quedaba algo de esa película liviana cubriéndole la cara como una máscara.

Quería verle los rasgos. Acercó muy despacio el extremo filoso al velo morado. A unos milímetros rotó la pluma para que el cálamo pudiese escarbar levemente si se hacía necesario. La ínfima manchita roja de la punta quedó a la vista. Mal que mal era un hijo. Dio vuelta el bistrú: los pelos de la pluma eran suaves y la intervención podía llegar a pasar casi por un mimo.

Cansaba bastante sostener el instrumento a mano alzada. Quizá apoyar parte de la palma en el piso le daría la precisión que le hacía falta. El feto se sacudió como mecido en una cuna invisible. No podía ser... a menos que el nudillo del meñique hubiese generado como una marea al sumergirse un poco en el charco. Ante todo, entonces, había que sacar al cosito de la pequeña laguna que lo cercaba.

En ese azulejo las gotas que había dejado filtrar la cortina de la ducha se habían dispuesto dejando un charco con aspecto de *S. Tiene la forma de Paraguay* precisó la joven. Visto desde este punto de comparación, el bulto se encontraba en la localidad boqueronense de Mariscal Estigarribia, al noroeste de Concepción, o lo que es lo mismo, en el centro del charco, un poco corrido hacia la izquierda. Desde que la envoltura removida cerraba el paso en la frontera oeste, el trayecto más corto para atoar el feto fuera del agua era hacia abajo. Sacarlo por Formosa, digamos. El problema era que cruzar el Pilcomayo a esta altura significaba entrar en territorio de la rejilla. Exponer ese cuerpo como de gelatina a las rendijas del desagüe –ni hablar– no era una opción a tener en cuenta. Le quedaba hacer frente al camino que, aunque un poco más largo, prometía mayor seguridad: hacia la derecha.

Se trataba ahora de dar con el modo de remolque para arrastrar el bulto. Apoyando la sien a ras del piso llegó a ver que la mitad inferior de la cobertura todavía seguía ahí, como media cáscara de nuez acogiendo al cuerpito rosado. La redondez de la base invitaba a un deslizamiento sencillo pero, a cambio, amenazaba con inclinarse demasiado y acabar dando una vuelta campana. Optó por hacer girar al embrión sobre sí mismo unos ciento ochenta grados, a la manera de una aguja que de marcar las nueve horas pasa a señalar las tres en punto. Con cada mediogiro se acercaba a una distancia de un cuerpito. La cosa pasaba por ejecutar una presión pareja que no desbalanceara el frágil equilibrio convexo de la base de apoyo.

Estaría a una sola rotación de llevar a buen puerto al feto gracias a su estrategia de desplazamiento hacia el oeste. En esta avanzada recordaba la campaña oriental del Mato Grosso por parte del ejército de Solano López. Como el aspa de un molino, el cuerpo rotó por última vez a estribor y las extremidades inferiores quedaron a resguardo del agua.

El ruido de la puerta hizo que la chica dejara caer la pluma.

—¿Vas a desocupar el baño de una vez, Ivana?

Lo sintió como si el padre hubiera golpeado en su pecho.

—Ya te lo dejo, papá. Dame un minuto.

—Tengo quince para bañarme y salir.

—¡Ahí va!

No alcanzó a oír si los pasos se alejaban. Se había acercado a la puerta y se tapaba pechos y pelvis con las manos. El toallón verde caía de costado dejando ver el pezón derecho. El espejo seguía empañado por el vapor; la toalla celeste, colgando junto a la ducha; la cortina, replegada a un costado como un acordeón. Tenía que llevarse al feto. Y la pluma.

A la lámina cobertora sí la retiró con papel higiénico para arrojarla por el inodoro. Necesitaba un recipiente que brindara cobijo al aborto. Sin la certeza de que no habría moros en la costa tenía que mantenerlo oculto en el camino hasta el dormitorio. Revolvió los estantes del armario. Se hizo con un peine, la tapa del desodorante de su padre y un billete de dos pesos que unos días atrás había encontrado en el bolsillo de un jean. Tendió el billete junto al feto enclavando los ángulos de ese extremo del papel mediante los dedos índice y mayor. Con el penacho de la pluma dio el empujoncito que hizo subir el feto al billete. El cuerpo tapaba al menos dos renglones de la *Historia de Belgrano*. Con lentitud Ivana elevó esa suerte de alfombra semi-rígida que era el billete y colocó su palma izquierda por debajo. La tapa del desodorante haría las veces de cúpula protectora. Ubicó el cilindro blanco en el centro de su mano y lo cubrió echando encima la ropa sucia. Después de ajustarse el toallón, introdujo la pluma entre sus senos.

El aire del pasillo le refrescó la cara. Tomando mate en la mesada de la cocina su padre la estaba esperando.

—¿Se puede saber qué hacés en el baño cada vez que te duchás? —el hombre se acercó a una silla para agarrar el pantalón, la camisa y unas medias que estaban prolijamente acomodadas sobre el asiento.

—Perdón. Es que estaba muy mojado y no sabía cómo secar. Me puse a buscar el trapo —le preocupaba que el peso de la ropa volteara la tapa del desodorante y terminara aplastando a su abortito.

—Vivís en una casa con otras personas, Ivana, tenés que pensar un poco en el resto.

A lo lejos oyó un chillido agudo: las bisagras vencidas de una puerta abriéndose o un bebé que lloraba.

—Sí, papá, perdoname. ¿Podrías bajar un poco la barra de la cortina? Se pasa el agua y queda todo empapado.

Retomó la marcha y entró a su dormitorio. La mano que quedaba libre echó llave a la puerta. Con cuidado retiró camisón, corpiño, bombacha y medias de su brazo izquierdo. Quedó frente a la tapita blanca. Había resistido. Después de retirar la tapa dejó el billete sobre la almohada. Se acuclilló junto a la mesa de luz. Le dolía el cuello: se le había hecho un nudo en la espalda. Moviéndose en pequeños círculos, las yemas de la mano tantearon la masa muscular agarrotada. Sentarse en el suelo cruzando las piernas le daba un respiro al cuerpo y le dejaba la línea de visión un poco por encima del feto. Las barbas le hicieron cosquillas cuando se sacó la pluma de entre los pechos. La toalla cayó sobre su falda. Se le endurecieron los pezones: pequeñas grietas iban creciendo y ramificándose desde el borde de las aureolas hacia el centro y en el sentido inverso. Así la piel roja se arrugaba al tiempo que el pezón se iba elevando. Contraída y tensa, la aureola había reducido su tamaño.

Giró para prender el velador. Mirando bajo esa luz, le costó trabajo identificar las distintas partes del cuerpecito. El pedazo de costra continuaba en su lugar ocultando la cara del embrión. La idea era usar el penacho de la pluma. De esa manera podría enganchar la lámina entre dos pelos como una pinza.

No se decidía a develar el feto hasta no garantizar cierto rigor milimétrico en la manipulación del instrumento. Observó la sombra de sus manos proyectada en las sábanas: una mediación que podría permitirle tomar distancia de su propio cuerpo y hacerse una idea más confiable sobre su pulso.

Arrimó la pluma. Uno de los pelos rozó la piel blanda. Quizá los ojos del embrión la estuvieran mirando tras el manto gomoso.

Un escalofrío le arrancó desde el centro del pecho estremeciendo sus hombros y brazos. Lo último en temblar fueron las manos. La pluma se enterró en el feto des- haciéndolo. Se la llevó a la cara: entre pelo y pelo gotas rojas, un poco violáceas y un poco rosadas. En el billete, una manchita gelatinosa embadurnaba el flequillo ladeado del General Mitre. Por suerte no había alcanzado la almohada.

Segundo premio

María Pilar García Bossio

Ada Pardillo

Si aunque sea lo hubiese amado, si hubiese sido suya solo en un beso apasionado, hubiera enfrentado cualquier cosa.

Pero no había sido así y ahora debería soportar sola la infamia, la ofensa, la humillación. Todo por un estúpido alcahuete que, despechado, había corrido la voz de que ya no era pura, de que se había ido con un peón de Don Anselmo.

¡Por favor! Ella no era mujer de esas, aunque no se podía negar a sí misma que amaba secretamente a ese mestizo. Tal vez la palabra apropiada no era amar. Amar es de esas palabras con las que a la gente le gusta llenarse la boca, hasta dejarlas rotas y descosidas como estaba ahora su decencia.

Amar, lo que se dice amar, amaba a Jorge, con quien se iba a casar hasta hacía tres días, cuando hecho una furia y sin dejarla un minuto explicarse (claro, él era un hombre y para él no contaban las veces que lo había visto boquiabierto ante el contoneo de las caderas de Lía) rompió todo compromiso, destruyendo su último idealismo.

Ni que hablar de su padre. Pateando todo lo que tenía a su alcance le cerró la puerta en la cara sin nada, ni ropa, ni comida, ni dinero; su madre la miraba desde la ventana.

No tenía solución. O mejor dicho, la única que tenía no quería ejercerla. Sabía de algunas jóvenes, que sin ser libradas de sus "culpas" habían sido recluidas a lugares solitarios donde vivían rozando con la indigencia, pero eso no era para ella. Primero, porque nadie la iba a querer mantener, y segundo porque no era mujer para vivir oculta el resto de su vida.

Así que fraguó un plan. Debía aguardar hasta el domingo a la mañana. Solo unos minutos en que la casa paterna quedaba completamente sola decidirían su destino.

Sabía que su padre había vendido unas tierras; sabía que ese viejo tacaño y porfiado tenía el dinero en la casa; sabía que él no sabía que ella lo había visto cientos de veces abrir esa caja fuerte al parecer inexpugnable.

Durmió el sábado a la noche en la entrada de una vieja casona. Supo lo que era tener frío y hambre y se juró no volver a estar así jamás.

El domingo todo salió perfecto: los padres, a la iglesia; Dora, al mercado; Ana, toda arreglada, a encontrarse con el mozo de Jorge. La puerta trasera abierta, la combinación la misma y un fajo de billetes escondido en las enaguas.

Pensó en huir. La capital solía ser más condescendiente con las jóvenes adineradas: ninguna pregunta mientras pagasen las cuentas. Pero no, porque huir suponía darle la razón a un pueblo de chusmas; no, ya que la habían desgraciado ella sería la dueña de todas las desgracias del pueblo.

Compró la casona donde durmiera su desventura y abrió el cabaret. Así, públicamente y a plena luz del día, para que todos supieran que ella, Ada Pardillo, era la dueña, hizo colocar el cartel.

Con el dinero que le sobró compró al Negrero todas sus muchachas y empezó su emprendimiento. Sabía que su padre no volvería a hablarle jamás, por lo que no reclamaría su dinero.

Y así se rodeó de infamias, de secretos y mentiras. Vio todas las bajezas humanas, comprendió que el peor de los infiernos puede hallarse en la misma tierra donde brilla el sol y cantan los pájaros.

Endureció su corazón y cerró con siete llaves su alma. Pero no se entregó. Vivió virgen, disfrazada de madama ante un pueblo que le temía; de mujeres que la miraban como si el oprobio estuviera inscripto en su frente y hombres que la devoraban con la mirada o bajaban los ojos ante ella.

Murió su ser, quedó la máscara.

Y la Madama, parada ante la puerta del cabaret implacable, impasible, soñó que aún era una dama.

Tercer premio

Joaquín Lucuix

La vuelta de Galindo

Jueves veintisiete de diciembre, no me lo olvido más. Fue el día que Racing Club se quedó con el campeonato después de treinta años de sufrimiento. También fue el día en que Adrián Galindo apareció en el bar como si nada. Nosotros ya habíamos pedido una picada para ocho y veníamos con algunas cervezas encima. No te creas que siempre es así, que comemos y chupamos como bestias cada vez que nos juntamos. Lo que pasa es que era una ocasión especial, ¿viste?; treinta años esperando ese glorioso momento: que la Academia salga con sus once jugadores a la cancha a debatirse el título. Habíamos acercado la mesa al televisor. El gallego nos permitía hacer eso porque el bar es como nuestra casa, ¿entendés? La cuestión es que unos minutos antes de que empiece el partido, Galindo se apareció de golpe. Nadie lo vio entrar, nos dimos vuelta ni bien escuchamos la inconfundible voz aguda que nos saludaba. "Hola muchachos" dijo como si nos hubiese visto ayer; ¡qué hijo de puta! Nosotros, torcidos los cuerpos sobre nuestras sillas, nos quedamos mudos, impávidos. Era como ver a un fantasma, ¿te das cuenta?

Claro, vos no lo conocías al tipo. Galindo era viajante; inspector de granos o algo por el estilo, la cuestión es que cada dos por tres le salía un viaje a algún lugar de la provincia. En uno de los tantos recorridos que le toca, creo que a un campo cerca de Baradero o por esa zona, tuvo la mala leche de encontrarse a un camionero que venía medio copeteado y se lo llevó puesto. El camionero después declaró que el auto andaba con las luces bajas y que como esa mañana había mucha niebla él no lo vio, pero ya tanto no sé. Cuestión que Galindo estiró la pata ahí nomás o, por lo menos, eso es lo que nos habían dicho a nosotros. Mirá, tan reservada fue la cosa que con los muchachos nos enteramos del accidente una semana después.

Marta, la vieja de Galindo, ni se preocupó por ponernos al tanto de la desgracia de nuestro amigo. Está bien, yo entiendo que por ahí el impacto emocional de la noticia la haya trastocado bastante, no te lo discuto; pero estoy seguro que la vieja no nos quiso decir nada porque no nos banca. Te lo aseguro, esa vieja hija de puta no nos puede ni ver. Porque el Tito Carreras, el vecino de la vieja, sí se enteró enseguida. Alicia la de la Quiniela también fue avisada y nosotros, los amigos de toda la vida, no sabíamos un carajo; ni la más puta novedad de si el tipo estaba vivo, muerto o si todavía estaban

buscando el cuerpo, nada. Lo único que supimos fue que Galindo se había hecho bolsa en la ruta y nada más. Me acuerdo que ni bien nos cayó la noticia fuimos en barra hasta la casa, preocupadísimos todos, queriendo saber en qué hospital estaba nuestro amigo, pero no encontramos a nadie. Las persianas estaban todas bajas y ni el perrito ladraba, y miré que ese bicho de mierda ladra por cualquier cosa. Entonces se nos dio por llamar a Silvia, la mujer ¿viste?, que no sé por qué carajo el turco tenía el celular de la mina, yo no quise interrogar mucho; la cuestión es que la tipa no nos atendió. Después preguntamos a la gente del barrio pero nadie sabía con exactitud qué es lo que le había pasado a Galindo, solo que el desgraciado había tenido un accidente. Así que como estábamos medio en babia decidimos que lo mejor era esperar; optimistamente razonamos que si el tipo hubiese palmado, la noticia ya nos habría llegado hace rato. Confiábamos en que alguien, en algún momento, nos daría detalles más precisos de lo sucedido. Lo que menos nos imaginábamos es que ese alguien pudiese ser el mismo Galindo. El muy forro se cagó de la risa cuando entró al bar. Claro, nos vio con una cara de perros asustados a todos que le pareció cómico. Enseguida se encargó de explicarnos todo: lo que le habían dicho a él es que ni bien sacaron su cuerpo del auto, los paramédicos reportaron que había muerto. Por supuesto, tenía todos los signos a favor de este diagnóstico porque no respiraba, no tenía pulso, el corazón no le latía y que se yo qué más. La cuestión es que lo dieron por muerto y se lo llevaron a la morgue. Allá dicen que lo vio un forense y que al tipo le llamó la atención que él no hubiese perdido ni el color ni la temperatura. Porque ya habían pasado dos horas del accidente y a Galindo no se lo veía tan muerto como creían que estaba. Entonces le hicieron unos chequeos y comprobaron que todavía tenía signos vitales, leves pero los tenía. Claro, ¿qué pasaba?; con el shock que le produjo el accidente, Galindo había entrado en catalepsia, que es como un estado en el que a simple vista parecés muerto pero en realidad estás vivo. La cuestión que lo tuvieron unos días en terapia intensiva en un hospital de Baradero hasta que salió del coma. Lo único que recordaba Galindo de todo eso es que en su cabeza sonaba una canción italiana que le cantaba la vieja cuando él era pibe. Sospechaba que, como la madre se encontraba al lado suyo todo el tiempo que estuvo internado, ella le cantó varias veces la canción.

No tuvimos ni tiempo de interrogarlo sobre los detalles porque en ese mismo momento el árbitro dio el pitazo inicial. Galindo se acercó una silla y se puso atrás nuestro apoyando el codo sobre el respaldo de Jorge. Al primer tiempo lo padecimos, pegábamos unos gritos de sufrimiento como si nos estuviesen empalando. Más de una vez nos paramos re-calientes para putear. El único que se mantenía al molde de toda la barahúnda era Galindo. El tipo estuvo sereno durante todo el partido, cosa rara en él ya que era uno de los que más se hacía oír en la barra cuando profería incansables

puteadas al aparato de televisión. Pero te estoy hablando de puteadas jodidas, eh –muchas de éstas las hemos mantenido vigentes hasta hoy con los muchachos–, de esas que si te las dicen en la cara te vas a las manos. Hasta se le saltaba una venita en la frente cuando puteaba. Seguramente esa venita se le hizo bosta en el choque porque ya te digo, ese día Galindo estaba calmadísimo. Como esos tipos de la india que meditan y buscan la paz interior ¿viste?, bueno éste parecía haberla encontrado; pero no por meditación sino por alguno de los golpazos que se dio en el marote. Tampoco es que estaba apagado, hecho un sonámbulo, no; lo que te digo es que, por ejemplo, si puteaba lo hacía bajito como para él mismo ¿te das cuenta? O si no, si la cosa era como para ponerse muy caliente, se limitaba a agarrarse la cara con las dos manos como ahogando una de las irrefrenables puteadas que lo distinguían. Era raro verlo tan medido, tan dueño de sí, ¿viste?

Como cuando le cobraron falta a Campagnuolo por agarrarle la camiseta a Fabri. ¡Una injusticia, viejo! Si en la repetición se veía clarito que se le enganchó la camiseta en el codo. Ahí mismo saltamos todos al unísono, como queriendo cagar a trompadas al televisor. El pelado Montiegui se paró abriendo los brazos como graficando el semejante error que se había mandado el incompetente colegiado y se volvió a sentar re-caliente haciendo sonar sus manos contra los muslos. Samoane se mordía el labio inferior, a la vez que se agarraba con una mano la cabeza y con otra señalaba el televisor. Hasta yo mismo recuerdo haberme levantado de un salto y acercarme al aparato para ver de cerca la repetición. Cuando terminó giré indignado buscando la aprobación de los clientes que estaban atrás nuestro. “¿¡A vos te parece!” atiné a preguntarle a Galindo que se había quedado cómodamente sentado. Me miró demostrando resignación, como diciendo “¿Y qué le vas a hacer Beto?”.

Por suerte al partido lo empatamos, le sacamos el puntito que necesitábamos y no te puedo explicar la emoción. Nos abrazamos todos, hicimos un cantito. Sin que se lo pidamos, el Gallego –cómo nos conoce ese Gallego hijo de puta– nos arrimó tres cervezas. Parecíamos un grupo de adolescentes que se están por ir a Bariloche.

Cuando quisimos acordar, Galindo ya no estaba ahí. Se había rajado en silencio el muy turro. El tano nos dijo que se despidió de él solamente, que no quería cortar el festejo. “Tenía que ir a buscar a la jermu no sé a donde” agregó el Tano como disculpándose por Galindo.

Una semana entera estuvimos hablando del partido, comentando una y otra vez los goles, las faltas y las tapadas del arquero; todo nos llevaba a revivir aquel momento de felicidad. En determinado momento, Galindo volvió a ser objeto de la charla. Ochoa saltó con que no había tocado la cerveza ese día y todos convenimos en que el tipo estaba raro, que el accidente lo había dejado mal, porque para que Galindo no tome

un trago la cosa era seria y minga que le iba a dar bola a un médico si éste le prohibía el chupi. Pero lo que más nos llamó la atención es que no hubiese vuelto a aparecer.

Ese mismo día cayó el gordo con la noticia: viniendo para el bar se había encontrado a la Marta. Como es natural, le preguntó por el hijo que no lo habían vuelto a ver desde el viernes pasado y la felicitó por la pronta recuperación que éste había tenido. Hasta amagó a darle un abrazo y fue en ese momento cuando la vieja se puso loca. Dice que lo apartó con un empujón terrible y que le empezó a decir de todo: que cómo podía hacerle una broma así sabiendo que su hijo había muerto el mismo día del accidente. Que no se puede jugar de esa forma con el dolor de una madre. Que ya nadie tiene respeto por nada y que nosotros –los muchachos de la barra, claro– siempre fuimos unos vagos mierda, borrachos y pendencieros. Por último agregó que no iba a dudar en llamar a la policía si llegaba a ver a uno de nosotros cerca de la tumba de su querido hijo en la Chacarita.

Afortunadamente esto último no sucedió ya que a la tarde siguiente, previo acuerdo con los muchachos, nos encontramos a las cinco en la puerta del cementerio. El nicho de Galindo estaba repleto de flores frescas. Nosotros le dejamos una corona y una remera albiceleste. Cuando salimos nos cruzamos un patrullero y, como vimos que el gordo empezó a apresurar la marcha, decidimos imitarlo.

Primera mención

María del Rosario Guzzo

El encuentro

Son las cinco de la mañana y Martha decide acabar con la exquisita pretensión de dormir. Porque desde aquel abril nefasto dormir se había convertido en un privilegio, pero soñar... Soñar era un arma peligrosa que solo servía para recordarle aquello que había perdido.

Aparta las sábanas y su cuerpo se enfrenta con el frío intenso. A un ritmo aletargado pasa junto a la persiana, esa que jamás descorre, y se dirige hasta el baño.

El espejo le devuelve una mirada ausente. Su rostro consumido se ha dejado alcanzar por el paso del tiempo, del cual, sin embargo, ella no se ha percatado. La piel cenicienta y agrietada. Tras cada línea hay una lágrima y tras cada lágrima, el dolor.

El pasillo estrecho la conduce hacia la cocina. Sobrevuela un sutil aroma a encierro y sus ojos recorren desde las baldosas gastadas a los tímidos rayos de luz que se cuelan por la ventana y reposan sobre la mesa de roble. Entonces lo ve. Sentado en la cabecera, con el uniforme immaculado y una taza de té caliente entre sus manos, estaba su hijo.

Sus rodillas se vencen y se deja caer en la primera silla que alcanza, en el extremo opuesto. Lo observa atónita, sin creer aún en lo que ve pero segura de que es él. Lleva el cabello rapado y el brillo radiante de la juventud.

Quiere decirle tantas cosas que las palabras tropiezan unas con otras, formando un nudo en su garganta que la asfixia. Sufre la desesperada necesidad de advertirle sobre la guerra, el Crucero, las falsas promesas. Además debe contarle de la partida de su padre y todo lo ocurrido en su ausencia.

El joven alza la vista y la atraviesa con la mirada. Pretende inspirar confianza pero Martha reconoce en la tensión de sus gestos el miedo profundo que inspira la incertidumbre.

Junto a la puerta vislumbra una mochila cubierta de barro. Desde el bolsillo asoma un manojito de cartas maltrechas en las que advierte su letra. Reconoce su última oportunidad y atina a extender el brazo para detener al muchacho pero está fuera de su alcance. La mano cae torpe en un ruido sordo.

Su hijo se levanta, se calza la mochila al hombro y abre la puerta. De pie bajo el umbral, se voltea hacia ella y le dirige una cálida sonrisa.

La puerta se cierra con un golpe seco y algo en el ambiente se quiebra. Martha no sale de su asombro, no entiende cómo es posible. La cabeza le da vueltas cuando repara en el sitio, ahora vacío, al otro lado de la mesa. Sobre el roble permanece el tibio vapor que libera la taza de té.

Segunda mención

Diana María Hohl

Libre

Él se sentía prisionero. Enjaulado en un ínfimo espacio, tan pequeño que ni sus sueños tenían lugar. Mucho menos, la mayor de sus ilusiones: ser libre; volver a frecuentar aquellos sitios tan placenteros, respirar el aire puro, desplegar sus alas y trasladarse a su merced. Regresar el tiempo atrás, a cuando era capaz de llevar su cuerpo hacia donde lo disponía su mente, a cuando el aire se abría frente a su andar decidido y determinante, a cuando su corazón disfrutaba de cada bocanada de aire puro que ingresaba a sus pulmones y que lo hacía sentirse vivo, único y, sobre todo, atado a nada.

Recordaba a sus pares, quienes disfrutaban de su libertad mientras él los imaginaba revoloteando bajo el cielo azul y el sol del mediodía. Ninguno de ellos se interesó por su paradero, o tal vez no querían arriesgarse a sufrir esa misma condición, tomando como precaución el mantenerse lo más lejos posible. No extrañaba ni deseaba a ninguno de ellos en especial, pero deseaba fuertemente estar cerca de los de su especie, y en la misma situación en la que se encontraban: libres, como él había sido desde el momento de su nacimiento hasta el instante en el cual se vio apresado.

Por momentos intentaba convencerse de que el encierro no era del todo adverso. Al menos lo alimentaban tres veces al día, nadie se fastidiaba si entonaba sus canciones al alba, y disfrutaba de un refrescante baño cuando lo consideraba necesario. Este pensamiento era lo único que lo mantenía con ánimos para soportar un día más de inevitable confinamiento.

Pero el desasosiego y la tristeza eran inmensamente superiores a todo aquello, y la mayor parte del tiempo se quedaba inmóvil con su mirada fija en la monotonía que lo rodeaba, pensando que tal vez algún día podría escapar de esa carcelaria situación. Se esforzaba por idear un plan para llevar esto a cabo, aunque ninguno de sus proyectos aparentaba ser factible. En no pocas oportunidades había intentado consumir su escape, pero la seguridad del habitáculo era máxima: nada permitía su paso hacia el exterior. Sin embargo, no desistiría hasta cumplir su cometido.

Al comparar su lugar con una prisión, creía cada vez con más convicción que él nunca había perjudicado a nadie y que no merecía tal castigo. Se preguntaba por qué se le obligaba a cumplir dicha condena, la de estar privado de su libertad, si su vida anterior al encierro solo constaba de disfrutar de la tibieza del sol, de la frescura del aire y de la belleza del mundo. Si esto era realmente un delito, él jamás lo supo.

Muchas veces, en su soledad, era sorprendido por una angustia incomparable acompañada del cada vez más fuerte deseo de escapar hacia el mundo que lo vio crecer.

Los días pasaban sin que el prisionero pudiera conseguir su libertad, pero cada intento fallido traía consigo aún más fuerzas para él quien, exhausto, prometía emplearlas en la próxima oportunidad de escape. Su empeño y energía eran tales que se reflejaban en su lacerado y dañado cuerpo; al observarlo, era difícil creer que aquel ser todavía se mantenía en pie.

Los días se transformaron en meses, y los meses en años. Cada minuto parecía eterno para el enjaulado, ya casi abatido. Cansado de no lograr su tan preciada independencia, pensaba desistir y pasar el resto de sus días encerrado, hasta que el tiempo o la tristeza lo consumieran, lo que sucediera primero. Debido a su desconsuelo y a su afán por adelantar su fin, ya no probaba bocado.

Rendido, recordaba sus momentos de dicha, cuando ningún obstáculo se interponía entre su "quiero" y su "puedo"; cuando un rayo de sol o una gota de lluvia eran algo cotidiano que parecía inacabable y nunca un objeto de tan fuerte deseo.

Sentía cómo su vida iba llegando a su desenlace. Ni siquiera notó cuando alguien puso una ración de comida a su alcance. Pero lo que no pasó por alto fue el milagro que acababa de ocurrir: por un descuido de quien hace un instante le había acercado su alimento, la puerta se encontraba semiabierta. En solo una fracción de segundo, su alma volvió desesperadamente a su cuerpo el cual, reboando de alegría y nerviosismo, logró superar aquella barrera que lo separaba de su deseo.

Fue medianamente libre por un minuto. Su aleteo incansable luchaba para no caer presa de los pares de manos que intentaban capturarlo y regresarlo a la prisión. Llegó hasta el tercer piso del edificio (el presidio mayor), y allí encontró una ventana abierta de par en par: su pasaje hacia la excarcelación definitiva, la vuelta a la libertad, el regreso a su existencia.

No lo pensó ni un instante. Empleó todas sus fuerzas en sobrepasar la abertura, y finalmente se vio envuelto en el cálido aire de aquella hermosa noche de verano. No le importó que las gotas de una suave llovizna cayeran sobre su cuerpo. Para él, era una bendición de los dioses.

En una insignificante fracción de tiempo imaginó cómo sería su retorno a aquellas costumbres pasadas; sus días y sus noches disfrutando de la tan ansiada autonomía. Pensó nuevamente en sus pares, en lo animados que estarían al verlo de vuelta entre ellos y compartir aquel dulce privilegio de elegir por sí mismos qué hacer y qué no. Todas esas ideas pasaron por su mente en solo un mínimo lapso.

Y esos fueron sus últimos pensamientos antes de impactar contra el gris asfalto, quedando su mirada fija en el aire homogéneo, en la monótona nada, cuando cinco enfermeras corrían velozmente hacia él y la gente con sus paraguas sobre sus cabezas comenzaba a rodearlo. Finalmente, fue libre.

Un día después, el médico psiquiatra redactaba el informe de lo ocurrido: “El paciente Marcos Diem, quien se encontraba internado en nuestro establecimiento, hospital ‘Ángel Paz’, por presentar el síndrome denominado licantropía clínica mediante el cual aseguraba ser un ave, logró escapar de su habitación, lo cual realizó ejecutando movimientos y sonidos alusivos a dicho animal. Abandonó su cuarto a gran velocidad, algo que parecía imposible por su estado físico y por haberse negado a ingerir su comida en los últimos 3 días. Tal rapidez hizo imposible su retención e inmovilización. Mediante las escaleras, llegó al tercer piso del edificio y se arrojó por una ventana, consecuencia de su psicosis por la que afirmaba poder volar. Falleció inmediatamente, a las 21.15 horas.

Está comprobado que la dirección de la institución, médicos, enfermeras y demás empleados han hecho todo lo posible para impedir esta tragedia, y se ha demostrado que no hubo negligencia por parte de ninguno de ellos. El comportamiento del paciente correspondía a una psicopatología previa al ingreso a este hospital, y por la cual se lo estaba tratando”.

No muy convencido del escrito, pero seguro de estar libre de culpa y cargo, el médico firmó al final de la hoja, dejó plasmado su sello color azul sobre ella, se levantó de su silla, se encaminó hacia la puerta y apagó la luz.

Tercera mención

Ariadna Belén Pérez Ramírez

El límite

Divertida, le tapa los ojos con las manos; indefenso, él, dice no ver nada, parece tener miedo. Ella le saca las manos y le corre el pelo de la frente. Parecen amarse, ser felices. Se tiran en el césped y se besan; él simula estar cansado y aparta las manos de ella, que disimuladamente se dirigían hacia el cuello.

Hay una mueca extraña en la mirada de él, un gesto que oscurece el rostro. En un principio podría haberse pensado que era parte de la sensación, un poco exagerada, de tener los ojos tapados, pero es extraño que persista y ella se da cuenta de eso. Entonces, busca provocarlo, lo abraza y lo besa hasta dejarlo sin aire, hasta que la cabeza se tuerce fatalmente hacia un costado.

ESTA PUBLICACIÓN SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EN EL MES DE JUNIO DE 2011,
EN LA CIUDAD DE LA PLATA
BUENOS AIRES,
ARGENTINA.



